

dió otra en que por maravilla se daba á la prensa una obra del género escénico; la cavilosidad y la barbarie de la censura, y la indiferencia con que Solís miraba sus escritos, fueron causas más que suficientes para que no viesen la luz pública sino los que hemos indicado. Había traducido además *El Maligno*, de Gresset, con el título de *El Enredador*; *La Gazmoña (La Prude)*, de Voltaire, con el de *La Sevillana*; y *El Mahoma*, del mismo autor; y había hecho una excelente imitación de *La Fédima* del Conde Tana. Una controversia literaria que tuvo Solís con Moratin le indujo á escribir una tragedia original, que tituló *Tello de Neira*; muchos años despues compuso otra, tomando por protagonista á la desventurada reina doña Blanca de Borbon, y finalmente dos comedias: *La Pupila* y *Las Literatas*. Inútil es hablar del mérito de unas composiciones que el público no puede juzgar. Las cuatro piezas mencionadas están sujetas á todo el rigor clásico; la comedia de *Las Literatas* tiene un pensamiento muy moral, interes, movimiento, chiste; y si se hubiera representado en el tiempo á cuyas circunstancias alude, hubiera agradado mucho; pero las dos tragedias le son muy superiores; en la de *Tello* me parece que hay más correccion, en la de *Blanca* más interes, dignidad y grandeza. A la época en que ambas hubieran podido aparecer en los teatros, ya no se querian tragedias. Conviene decir aquí, en elogio de la imparcialidad de Solís, que habiéndole leído don Antonio Gil y Zárate su *Blanca de Borbon*, escrita sin tener noticia de la de nuestro autor, éste juzgó que la de Gil era preferible para la escena, y le animó á que la hiciese representar. Por otro lado recordamos haber oído al mismo don Antonio Gil que la *Blanca* de Solís era acaso la tragedia española mejor versificada. ¿Por qué este modo de hacerse justicia reciprocamente, no ha de ser general entre las personas de talento?

Hablando del autor, nos hemos olvidado del hombre, que si valia mucho en el Parnaso, valia más aún en la sociedad. Modesto, juicioso, observador, callado, fiel amigo, excelente esposo, excelente padre, si no era estimado de todos, era porque solamente algunos le conocian. La única persona de quien recibia consejos Máiquez en lo perteneciente á su arte, era el apuntador Solís. Ensayaba Isidoro un dia el papel de Carcia del Castañar, y llegando al conocido verso:

Yo sé la mujer que tengo,

aquel gran actor dió á la frase una expresion fuerte de resentimiento, de enojo. Solís le interrumpió para decirle que Garcia, hallándose tan seguro de la virtud de su esposa, debia pintar esta seguridad, esta tranquilidad, en aquellas palabras. Máiquez se rindió al punto á una observacion tan justa. En la tragedia de *Numancia* acostumbraba Máiquez tambien pronunciar con grande energía aquellos dos versos de Megara:

Escipion, carne humana nos mantiene,
La sangre de los cuerpos beberémos.

Solís le replicó: «Si ve Escipion que le dan á gritos esa respuesta, le parecerá una fanfarronada, se reirá de ella, y creará que el general numantino en nada piensa ménos que en cumplirla; es necesario que se vea ahí la calma terrible del hombre que ha tomado una resolucion cruel, pero firme, irrevocable.» Máiquez contestó: «Todos los galanes que ántes que yo han hecho este papel, gritaban aquí; y con un auditorio acostumbrado á esto, si no chillo, ¿quién me aplaude?» Se ve, por los dos ejemplos citados, que Solís conocia el arte de la declamacion, y por el postre, que Máiquez conocia al público.

Cuando ocurrió la invasion de los franceses, el año 1808, Solís, aunque casado y con hijos, impelido de aquel patriotismo puro y ardiente, de que tal vez no podemos ya formarnos idea, se alistó de granadero en el segundo batallon de voluntarios de Madrid. Prisionero en la desgraciada accion de Uclés, le condujeron á Madrid, invadido del tifus castrense, dolencia que trasmitió involuntariamente á su familia cuando fué puesto en libertad á fuerza de diligencias de su esposa, la apreciable actriz doña María Rivera. Habiendo acompañado á Cádiz, el año 1823, al gobierno constitucional, fué confinado despues en Segovia, y la censura se armó en lo sucesivo de un rigor fanático contra sus composiciones, prohibiéndole todas las que pudo. Deseoso de contribuir por su parte con algunas piedras á la construccion del templo de la Melpómene española, había elegido seis asuntos de historia nacional para otras tantas tragedias; pero las enfermedades, que

le acosaban hacia muchos años, y que se le habian agravado con la edad, sólo le permitieron, acabada ya la *Blanca de Borbon*, trazar el plan de *Guzman el Bueno*.

La sociedad patriótica de la Habana le nombró su Socio corresponsal en señal de la estimacion que hacia de sus escritos, de los cuales habia visto la *Camila* y unas composiciones líricas que poseia el secretario de aquella corporacion, D. Domingo del Monte. Esta fué la única demostracion de aprecio que debió Solís á sus paisanos. Quien lea sus traducciones, sus refundiciones, sus obras originales (si llegan á ver la luz pública), no podrá negar á don Dionisio Solís el título de escritor laborioso y correcto, de versificador valiente, de poeta trágico distinguido, acreedor por lo ménos al mismo lauro que algun otro coetáneo suyo, como Cienfuegos, que goza de celebridad sin haber hecho un drama capaz de sostenerse en la escena (1). Murió obscuramente en Madrid, como habia vivido, por Agosto de 1854. Tuvo tres hijos, á quienes educó en el amor á la virtud y en el ódio á las tablas; y á la amistad del menor, llamado don Dionisio como su padre, hemos debido las noticias que damos en estos breves apuntes.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

POESÍAS.

SONETOS.

I.

Dulce es tras el horror de noche umbría
Cándido sol en matutino cielo,
Dulce á la sed, en abrasado suelo,
De fuentecilla el són límpida y fría;
Dulce al piloto, tras borrasca impía,
La blanca orilla en que bendice el cielo,
Y al triste enfermo el plácido consuelo
Que á su nocturna pena ofrece el día.
Pero ni el sol que luce en el Oriente,
Ni del raudal el eco bullicioso,
Ni al tímido piloto el patrio nido,
Ni la salud al mísero doliente
Tan dulce es para mí, cual tu amoroso
Beso, ¡oh Corinal con mi beso unido.

II.

Puro y luciente sol, ¡oh, qué consuelo
Al alma mía en tu presencia ofreces,
Cuando con rostro cándido esclareces
La oscura sombra del nocturno velo!
¡Oh, cómo animas el marchito suelo
Con benéfica llama! ¡Y cómo creces
Inmenso y luminoso, que pareces
Llenar la tierra, el mar, el aire, el cielo!
¡Oh sol! entra en la espléndida carrera
Que el dedo te señala omnipotente,
Al asomar por las etéreas cumbres;
Y tu increado Autor piadoso quiera
Que desde oriente á ocaso eternamente
Pueblos felices en tu curso alumbres.

III.

Canta, blanco palomo, y de la aurora
El róseo carro con tu acento llama,
Que atenta escucha en la mullida cama
La esposa á quien tu cántico enamora.
Canta, y anuncia la estacion de Flora,
Y el delicioso incendio que te inflama,

(1) Esto no es culpar á Cienfuegos; es dolerse del gusto de nuestro público entónces, que no supo

Mientras, sentado en la frontera rama,
Otro palomo solitario llora.
¡Felice tú, que puedes con tu canto
Al alma penetrar por el oído
Del ave amante en que tu bien se funda!
¡Y mísero de mí, que el triste llanto
En que á solas me miras consumido,
Sin fruto el rostro y sin cesar me inunda!

IV.

¡En media hora un soneto! ¿A qué cristiano
A tan bárbaro afán se le condena?
¿Y es Filis quien lo quiere? ¿A qué otra pena
Me sentenciara un Fálaris tirano?
¿Pues qué, no hay más? ¿O están tan á la mano
Los consonantes como en esta amena
Márgen del Turia la menuda arena
En que tu blanco pié se imprime ufano?
No, cara Filis, mándame otra cosa,
Ora de riesgo sea, ora de afrenta;
Que á cuanto de mí ordenes me concedo.
¡Pero un soneto, y que por ser tú hermosa
En ello al fin mi necedad consienta?
No, Filis, no, perdóname; no puedo.

V.

Hércules es custodio del rebaño,
Pero á la fe que su defensa es cara,
Pues que me exige culto, incienso y ara
Y ofrendas mil en ella cada un año.
Con más piedad el salteador extraño
Por dicha el redil mísero tratara,
Y con ménos codicia me dejara
Medios en él de remediar mi daño.
Pues no, Alcides, no más; el beneficio
Me cuesta mucho, y fuera poco cuerdo
Tener guardian que de mis reses toma.
No te quiero; por Dios, busca otro oficio;
¡Pues qué me importa á mí, si al fin las pierdo,
Que el ladron ó que el númer me las coma?

apreciar el mérito de *La Condesa de Castilla* y *La Zoraida*.

VI.

Estos que miras, Celestina hermosa,
Prole española, en nombre milicianos,
Escuadrón es de armados ciudadanos,
En quien la madre patria espera ansiosa.

En ellos, pues, su libertad reposa,
Y el acero que brilla entre sus manos,
Sólo afilado está contra tiranos,
Si es que alguno este suelo oprimir osa.

Ellos de las cadenas inclementes
Que rompimos nos guardan. ¡Quiera el cielo
Sus almas conservar libres y puras,
Y que nunca, instrumentos inocentes

De la ambición y del mentido celo,
Nos las echen más viles y más duras!

VII.

¿Por qué aspiro sin fruto, Anarda bella,
A lo que darne tu impiedad resiste?
¿Por qué mi amor en alcanzar insiste
Lo que me impide merecer mi estrella?

¿No fuera bien buscar á mi querella
En el asilo de mi triste tumba
El anhelado fin, pues que consiste
Mi única dicha y mi consuelo en ella?

Necio, ¡qué pronto, de esperar cansado,
Se abate tu pasión antes osada
Y con el miedo la fortuna mide!

¿Qué amor fué constante y no fué amado?
¿O qué mujer, del hombre importunada,
No le concede al fin lo que le pide?

VIII (1).

Pacífica quietud, reposo amado,
Morada dulce para mí y tranquila,
Donde con lentitud la Parca afila
El cuchillo á mi muerte destinado;

Donde sin codiciar lo que el tostado
Siracusano en el Agosto ensila,
Estoy de lirio y de olorosa lila
En abundante mesa coronado;

En tí aspiro á morir, sin que ni lloro,
Murmurio ó queja el fallecer me cueste,
Dejando en manos mi destino eterno

Del sér incierto á quien incierto adoro,
Sin esperar su música celeste,
Sin recelar la llama de su infierno.

IX.

Dicen que eres mudable, don Pepito,
Que fuiste de Manolo cortesano,
Soneteruelo del frances tirano,
Y de sus odres perenal mosquito.

Que mudando de altar, de culto y rito,
Fuiste, tras esto, maratista insano;
Y para postres, del Neron hispano
Semanalmente adulador contrito.

Pero no dice bien; el pueblo miente,
Ni ménos hay razón porque afrentando
Te esté, y traidor y apóstata te llame.

Antes en eso mismo que insolente
Te echa Madrid en cara, estás mostrando
Cuán firme has sido siempre en ser infame.

(1) Este soneto fué compuesto en sueños, á excepcion de los dos primeros versos del segundo cuarteto, de los cuales nunca pude acordarme al estar ya despierto, y que me fué necesario suplir para completar los catorce. (Nota del Autor.)

CANTILENAS.

I.

Escucha, Fili, atiende
Lo que me inspira el celo,
Y de mi boca aprende
Lo que en su nombre el cielo
Me manda publicar.

El dice que preside
Amor sobre tu estrella;
Que amor tus pasos mide;
Que pues naciste bella,
Naciste para amar.

Que cielo, mar y tierra
Dependen de su imperio;
Que todo cuanto encierra
El lúcido hemisferio
Es obra del amor.

Que nada aquí resiste
Su fuego omnipotente;
Que en todo amor asiste,
Y que su influjo siente
Aun la insensible flor.

La nacarada rosa
En su capullo mira
Cuál abre pudorosa
Al aura que suspira.
Su seno de carmin.

Con blando curso el río
La baña y la rodea,
Su olor del bosque umbrío
Balsámico recrea
El plácido confin.

Con ella la aldeana
Se adorna cuello y frente,
Con ella quiere ufana
A vista de su ausente
Hermosa parecer.

La mira satisfecho
El preferido amante,
Y de su blanco pecho
La forma palpitante,
El trono del placer.

La duración de un día
El cielo le concede;
Mas ya la noche fría
La abate, sin que quede
Memoria de que fué.

Al cielo se querella
Marchita, y no mirada
De rústica doncella,
Del labrador pisada
Con insolente pié.

Oh Fili, considera
La suerte de la rosa;
No al triste que te quiera
Te muestres desdenosa,
Fiada en tu beldad.

Beldad que se limita
A un punto y desaparece;
Que presto la marchita,
Que presto la osurece
La noche de la edad.

II.

Elogio de la inconstancia.

Pues me acusa de inconstante
En su cólera mi amante,
No conoce que la ausencia
Es la muerte del amor.
Fastidiosa impertinencia

O retrato del infierno,
Pretender que abrase eterno
En las almas este ardor.

Ser voluble me acomoda,
Que no es malo, pues es moda;
Ni prometo, ni limito
A uno solo mi querer.

La inconstancia no es delito;
La constancia, si, es locura;
Que placer que siempre dura
Es tormento, y no placer.

A la noche sigue el día,
A la pena la alegría;
Ni constante en un aspecto
Permanece cielo y mar.

Todo, en fin, está sujeto
A mudanzas en el mundo;
Considere si me fundo
Quien me culpe de mudar.

Una anciana ó una fea
Con su amante firme sea,
Y prométale su boca
Adorándole morir.

A una linda sólo toca
Disfrutar de su belleza,
Y en asunto de firmeza
Prometer y no cumplir.

III.

¡Oh tú, que en los alisos
De la floresta umbría
Y al lado de tu amada,
Dulce cantor, anidas!

¡Felice tú, que en noche
Silenciosa y tranquila,
Tu cántico amoroso
A los ecos inspiras!

¡Tú, de quien con deleite
Es la canción oída
Del ave, por quien blando
Y melódico trinas!

¡A quien la áurea Dione
En copa de delicias
Para premiar tu canto
Con sus placeres brinda!

¡Triste de mí, que canto
De la tirana mía
El ceño, y sus oídos
Se cierran á mi lira!
Mi lira, que templando
El tono á mi desdichá,
Mi dolor en sus cuerdas
Armónica suspira.

IV.

¿Cómo intentas, tirana
A mi cariño siempre,
Que de mi triste lira
Amor las cuerdas temple?

¿Cómo que cante pides
De mis pasados bienes,
Si es llanto la armonía
De mi suave chélis?

Si el eco lastimoso
De mi cítara quieres
Que en tu beldad á un tiempo
Y en mi tormento suene,

Modera tú primero
El ceño que oscurece
El cielo luminoso
De tu cándida frente,

Y esos ojos, en donde
Amor su llama enciende,
Apacible á los míos
Un solo instante vuelve.
Que mal podrá mi labio
Cantando obedecerte,

Si tú quieres que cante
Y mi dolor no quiere.

V.

¡Oh cuán hermoso eres,
Felice pajarillo!

¡Y cómo están acordes
El mío y tu destino!
Tú de esa cárcel moras
En el áureo recinto,

Y amor á su cadena
Tiene mi cuello asido.
Tú para Nise entonas
Enamorado trinos,

Y sólo para Nise
El plectro suena mío.
Tú su retorno aplaudes,
Como en el bosque umbrío,

Cuando aparece el blanco
Lucero matutino,
Y yo, cuando á mis ojos
Aparecer la miro,

De amor á un mismo tiempo
Y de placer palpito.
Mas no es al mío en todo
Tu estado parecido,

Y en esto la fortuna
Diferenciarnos quiso,
Que tú sediento pones
El amoroso pico

En la entreabierto rosa
Que baña el oestro tirió,
O entre los lácteos orbes
De cándidos armiños

Para felice sueño
Encuentras dulce nido;
Y yo tímido y triste
Y callando te miro,

¡Y cuántos al mirarte
Me cuestras de suspiros!
¡Oh cuán afortunados
Fuéramos, pajarillo,

Si en todo se acordasen
El mío y tu destino!

VI.

¿Por qué mirarme airada,
Cuando mi dicha es poca,
Si fué para tu boca
Mi amante boca osada?

Si á impulso de amorosa
Llama, tormento impío,
El labio puse mío
En tu animada rosa,

Bien queda satisfecho,
Pues tus iras me oprimen,
De mi felice crimen
Tu rencoroso pecho.

Piedad, arrepentido,
Piedad mi amor implora,
Que de tu ofensa llora
El error cometido.

No, Nice, me condene
Tu ceño fulminante,
Por un tan solo instante
A que en eterno pene.

Mi culpa te confieso;
Mas tú en la ocasión esta
Qué pierdes, si me cuesta
Un alma por un beso?

VII.

¿Para quién á tu frente,
Inocentilla Nice,
Al asomar la aurora
Esa corona ciñes?

¡Esa que componiendo
Por la pradera fuiste,
De púdico amaranto,
De blancos aelies?
Si es para darle á Elicio,
Que idolatrarte dice,
No creas en palabras
De que el amor se ríe.
Que el céfiro que corre
Entre las rosas libre,
Las ondas de este río,
Que al mar su curso mide,
No son en su inconstancia
Acaso ménos firmes
Que el fermentido amante
A quien tu amor se rinde.
Ahora en ese bosque
Sentado al par de Fili,
El cuello con sus brazos
A la pastora ciñe.
En rostro, boca y pecho
Su ardiente boca imprime,
Y á todo aspira, puesto
Que á nada le resisten.
Y apresurando el triunfo
Que le promete Cipris,
Busca otra flor en ella
Cual la que tú le diste.

VIII.

Las cumbres del Himeto
Sudoroso y cansado,
Buscando una colmena,
Escala el dios de Páfos.
Encuéntrela, y apénas
Tiende á un panal la mano,
Cuando de fiera punta
La saca lastimado.
Llora, y mirando al cielo,
Prométe al númen sacro
De su madre que quede
Memoria de este agravio.
Prométele, y á Cloe
Encuentra sola al paso,
Y en su boca una parte
De miel pone el tirano.
«Y en testimonio, dice,
Perpétuo de mi llanto,
El que te ame se acuerde
De mi dolor, llorando,
Y sienta, si tu boca
Fuese á besar osado,
En el alma la punta,
Y la miel en tus labios.»

IX.

Corriendo en este campo
Un día siendo niño,
Miré salir un áspid
Del pie de un alto aliso.
Miréle, que á la entrada
Del tenebroso nido,
Do el céfiro suave
Mecia un blanco lirio,
Ufano se aplacia,
Ufano de sí mismo,
Mostrando el áureo dorso
Al astro matutino.
¡Oh, cómo de esmeralda
Y de carmin teñido,
Cual flor en dulce prado
Me parecía lindo!
Y cómo tras el tronco
Del árbol escondido,
Suspenso reprimía
El mudo aliento mío!
De su beldad prendado,
Mi incauta mano quiso

Asirle al fin, y darle
Mi pecho por asilo.
Mas contra mí inflamado
De cólera el impio,
Con un ¡ay! lastimoso
La retiré mordido.
Anuncio del suceso
Que en años más cumplidos
Me prometia en Nice
Mi misero destino.

X.

Me abraso, es cierto, Clórida;
Mas no de llama amante,
Mas no por tí inconstante;
Ni el corazon pretende
Arder por quien ofende
Su cariñoso ardor.
Que al contemplarte, pérvida
Al dulce afecto mío,
El nudo rompo impio
En que me atase acaso;
Y si por tí me abraso,
Es de ira, y no de amor.

XI.

¡Ay! que prometí, Clórida,
Celoso no quererte
Y airado aborrecerte,
Y al eco de tu acento
En nueva llama sienta
Con más furor arder.
Que mal resistes un misero
Al Dios irresistible
Que blando y apacible
A padecer condena,
Y brinda con la pena
En copas de placer.

XII.

No miento, Clórida,
Que siempre armado
Del arco ebúrneo,
Te asiste al lado
El niño Amor.
No, no es fantástica
Ilusion ésta;
Es que benéfico
Se manifiesta
Conmigo amor.
El de tu mérito
Tributos cobra
De amantes lágrimas,
Y todo es obra
En tí de amor.
O estés colérica,
O estés risueña (1),
A usar te enseña
El arte amor.
Si el pie á la métrica
Dulce armonía
Ajustas rápida,
Al pie conña
Su triunfo amor.
Si para el cántico
Tiendes la bella
Mano á la cítara,
Al eco de ella
Responde amor.
Si en rosa y púrpura
Bañas tu boca,
En sus nectáreos
Círculos toca
Su flecha amor.

(1) Aquí falta un verso. (Nota del Colector.)

¡Qué lloras y me acusas
De traicion y malicia?
¡Cuándo más fiel he sido
Con quien de mí se fia?»

XV.

Cuando el pródigo y justo
Moderador del cielo
Concedió el cetro de oro
Al plácido Himeneo,
Este dijo á su hermano:
«Dioscillo flechero,
Tú me harás las cadenas
Y los amantes hierros.»
El, al punto, gustoso
Obedeció el precepto,
Y de purpúreas rosas
Las compuso risueño;
Mas dejó las espinas,
Y así quedó sujeto
A tormentos y penas
El placer de Himeneo.

XVI.

Hizo el Amor un día
De Primavera mofa,
Porque duraban poco
Sus flores olorosas.
Pero ella le replica
Con risa burladora:
«Di, niño, ¿tus placeres
Duran más que mis rosas?»

XVII.

Un día, cara Fflis,
Vi al dioscillo alado,
Rota la blanca venda,
En su taller pintando.
Me llego con silencio,
Y estando más cercano,
Me quedé doblemente
De lo que vi admirado.
Tu imagen retrataba,
Color era mi llanto,
Mi corazon la tabla,
Y su pincel un dardo.

XVIII.

Bate del mar profundo
Con tormentosas iras,
En deslumbrada noche,
El ábrego la orilla.
Rueda horrisono el trueno,
La esfera cristalina
De sus etéreos ejes
Temblando se desquicia,
Pálido el marinero,
Que con las ondas lidia,
Y sus llanuras ara
Con quebrantable quilla,
Al irritado cielo
Las manos extendidas
Piedad le pide, y poco
De su piedad confía;
Que del undoso ponto
En las entrañas frías,
Sepulcros mil y abismos
Inmensurables mira.
Cuando callando el austro,

Si acaso plácido
Tu rostro mira,
O melancólico
Placer inspira,
O llanto amor.

En risa y cántico,
En llanto y queja,
Nunca, mi Clórida,
De tí se aleja
Un punto amor.
Pero no mirole
Tirana bella
En tu alma indómita,
Que no hay en ella
Piedad ni amor.

XIII.

Quien trocar en reposo
No quiera su dolor,
Nunca del crudo amor
Pise la senda.
Del niño artificioso
Escape y su poder,
Procúrele romper
El arco y venda.

Principia fraudulento
A un triste á acariciar,
Para que empiece á amar,
Y en él se fie.
Y á poco, del tormento
Que le induce á sufrir,
Mirándole morir,
Plácido ríe.

Que es delectosa, dice,
Su saéta mortal,
Y que no causa mal
A los amantes.
Mas pronto el infelice
Que della herido es,
Echa ménos despues
Lo que fué antes.

Huid, huid medrosos,
Mancebos, de su red,
Y en el triste aprended
Ejemplo mío.
Que en sus lazos nudosos
Opresso me sentí,
Y al remedio acudí,
Mas fué tardío.

XIV.

Con Filida jugando,
Cupido le decia:
Pastora de estos campos,
Dame tu palomilla;
Tu palomilla blanca,
Que juguetera y linda
Le quiero dar un beso
Y hacerle mil caricias.
Ella, no sospechando
Del niño, inocentilla
Le entregó su paloma
Con mucha cortesía.
Pero apénas la suelta,
El niño con malicia
Corta el hilo y escapa
Por la region vacía.
Ella llora, la llama,
Con el amor se irrita,
Vuelve á llamarla en vano
Y por ella suspira;
Y el pérvido, mirando
Sus lágrimas con risa,
Apresurando el paso,
Le dijo: «Inocentilla,

III. Ps.-XVIII.

Las olas entumidas
Se calman, y en el éter
Plácido el iris brilla.
Y hacia el felice puerto
La misera barquilla
Dirige, y de su margen
La amada arena pisa.
Que no de otra manera
De la deidad propicia,
Que del mortal amante
Y sin descanso cuida,
Reparte en nuestro suelo
La mano compasiva
El bien y el mal, y entrambos
Benéfico equilibra.
Así que no abatido
El ánimo se rinda,
Ni del dolor se postre,
Medroso, á la porfia.
Consuélese el que llora,
Espere el que suspira;
Que siempre el infortunio
Fué nuncio de la dicha (1).

XIX.

¿No escuchas qué lejano
Ronco murmurio suena,
Y que en cárdena llama
El éter centellea?
¿No miras cómo en nubes
Del sol la blanca esfera,
Y en sombras tenebrosas
En derredor se llena,
Y que en el bosque el austro
Las alas tiende inmensas,
De oscuridad cubriendo
La amedrentada tierra,
Y cómo el árbol sacro
Que en esta orilla ondea,
La sien frondosa inclina
A la borrasca horrenda?
¿Cuál llueve! ¿Cuál sonoro
El raudo trueno rueda,
Y aterrador el eco
Retumba en la florestal
Guárdate, Cloe; mira
Con inflamada diestra
Al dios del rayo asiendo
Las célicas saetas.
¿Ay triste! ¿Quién asilo
Benéfico nos diera,
Contra el fulmíneo cielo
Y la inundada tierra!
Entrémonos, bien mio,
En esta oscura cueva,
Que de la temerosa
Tempestad nos defienda.
Vamos, ¿en qué te tardas?
Entra, mi amor, en ella,
Y acaso olvidaremos
El rayo y la tormenta.

XX.

Crece, modesta rosa,
En las orillas sacras
Del Bétis, ni aun de mano
De tu señor tocada.
Crece, que sacudiendo
Las susurrantes alas,
Volando te corona
En derredor el aura.
Crece, y el día el ostro

(1) Esta composición fué escrita en 3 de Febrero de 1832, para contestar á un soneto que le envió su hijo don Emilio desde la villa de Chinchon, hallándose éste de médico titular de la misma.

De tus corolas abra,
Y al áureo sol enseñe
Tu rubicundo nácar.
Corre, modesta rosa,
Que al seno destinada
Estás por quien tu dueño
Arde en amante llama.
¡Dichosa flor! ¿Qué trono,
Oh flor afortunada,
Por ese trono el triste
Elicio no trocará!
¡Oh, si él la rosa fuera
A Cloe dedicada,
Y entre los lácteos orbes
Que su cendal recata,
Ostentacion haciendo
De su destino ufana,
Besándolos muriera,
Murriendo los besará!

FÁBULAS.

I.

EL CERVATILLO.

«Escúchame, hijo mio;
No así con imprudencia
Corras al monte solo,
Buscando tu ruina entre sus breñas.
»El oso, el lobo, el pardo
Y el tigre mora en ellas;
El tigre, que el más fiero
Es entre todas las montañas fieras;
»El tigre, que tirano
Monstruo de la floresta,
Es terror y verdugo
De la familia desdichada nuestra.
»Por eso tú no dejes
Esta hermosa pradera,
Y en la plácida orilla
De este abundoso río te apacienta.
»No á las feroces manos
Del tigre morir quieras,
Y á tu misera madre
Causa de llanto y de dolor le seas.»
Así á su cervatillo
Le decía una cierva,
Que como madre teme,
Y como madre enamorada y tierna.
«Bien está, madre mia,
Por mí no paseis pena;
Que no es fácil que al tigre
Deje de conocer por esas señas
»Idos, y sin recelo
Podeis dormir la siesta;
Que aquí en el prado quedo
Con el oído atento y siempre alerta.»
Esto dijo el cervato;
Y aunque medrosa ella,
Al bosque se retira,
Y á sus anchuras, por su mal, le deja.
En esto que á sus ojos
Un jabalí se muestra,
Pacífico y tranquilo,
Si bien de catadura horrible y fea.
«¡Ay! Si será éste el tigre?
Que sus ásperas cerdas
(Decía el venadillo),
De la crueldad del ánimo son muestras.
»¡Ay! ¿Qué dientes tan duros
Y torcidos me enseñal
Él es, él es sin duda,
Y mi temprana muerte miro cerca.
»Mas no, que de una encina

A la sombra se acuesta,
Y del caído fruto
De sus fecundas ramas se sustenta.
»Pero ¿qué es lo que miro?
¿Qué alimaña es aquella
Que con callados pasos
Del bosque sale y hacia mí se acerca?
»¿Qué majestad, qué frente
Tan plácida y serena,
Y qué fuego en sus ojos
Tan noble y tan sublime centellea!
»¿Qué cola tan airosa
Con que barre la tierra!
¿Y qué pintadas fajas
Del lomo al vientre en círculos alternan!
»No, no es éste, no es éste;
Segun me dió las señas
Mi madre, no es el tigre,
Ni á ser el tigre, tan hermoso fuera.»
No bien lo dijo, cuando
Con rápida carrera
El tigre le acomete
Y entre sus uñas le arrebató fieras.
«¡Ay! decía llorando
El cervatillo en ellas,
Que di crédito al rostro,
Y necio me fié de la apariencia.»

II.

LAS RANAS Y LAS CAÑAS.

En un profundo estanque,
Cercado de espadañas,
De alisos y de cañas,
De la nación ranesca
La inmensa muchedumbre
Su morada tenía;
Pero lo que sentía
Con mucha pesadumbre,
Era que aquellas cañas
Altas y numerosas
La tienen prisionera,
De su dicha envidiosas,
Ocultando á sus ojos
La esmaltada pradera
De blancas florecillas,
Cercana á sus orillas.
Esto al acuátil pueblo
Es lo que más aflige,
Y al cielo se dirige,
Para que en fin, clemente,
Les quite aquel odioso
Obstáculo de enfrente.
No sé bien si piadoso
O si cruel con ellas,
El cielo oyó sus tristes
Y continuas querellas.
Lo que es cierto es que un día
El amo á sus criados
Les manda que al momento
Los alisos copados
Y las umbrosas cañas
Abatiesen á tierra,
Porque dejar quería
Del anchuroso estanque
Libre la margen fria.
Cuál sería el contento
De las cenosas ranas,
Pintelo quien pudiere
Y más poeta fuere;
Sólo referir puedo
Que noches y mañanas,
Sin prevision ni miedo,
Cantando á sol y á luna
Bendicen su fortuna.
Pero al eco atraídos
Pájaros carniceros,
Que las ven sin defensa,
Garras y pico fieros
Esgrimen en su ofensa;

Y cada cual llorando
Al espirar decía:
«¡Ay! ¿Cuánto mejor era
Que la muerte que sufro,
La perdida y amada
Dulce oscuridad mia!»
Por eso dijo el sabio
Con elocuente acento:
«Ocultate del mundo
En olvido profundo,
Y vivirás contento.»

III.

LA SENTENCIA DEL LEON.

Un leon africano
Recorria las tierras
De su dominio, al lado
De un buey y una pantera.
Un día que, abrasados
Del sol y las arenas,
En la sombría estancia
Entran de una floresta,
Paciendo descuidado
Con un corcillo encuentran,
Que aunque quiso, no pudo
Escapar de sus presas.
Con su robusta mano
Le ase el leon, y en tierra
Le abate, y encendido
En cólera le afrenta.
«¿Cómo traidor, le dice,
Cómo en mis bosques entras
A pacer sus frondosas
Ramas sin mi licencia?
Pues muere, y de tu crimen
Sufre, traidor, la pena,
Y con tu muerte á otros
Osados escarmienta.»
A ejecutar principia
El leon la sentencia,
Y entre dientes decía
La desdichada bestia:
«Tirano, quiera el cielo
Que como muero mueras,
Y otro tirano encuentres
Que imite tu inclemencia.
— Parece que murmuras
Y que de mí te quejas,
Le dice al triste corzo
La coronada fiera.
— No es, señor, que se queje,
Ocurre el buey apriesa,
Sino que se somete
A su fatal estrella;
Y aunque está de la muerte
Entre tus manos cerca,
Tu justicia bendice
Y su culpa confiesa.
— No es eso, dice entónces
Al leon la pantera,
Antes implora al cielo,
Gran señor, en tu ofensa;
Y añadiendo el infame
Al crimen la insolencia,
Te maldice y te llama
Tirano á boca llena.»
Al oír esto, un rato
Mudo el leon se queda,
Y meditando á solas
Una y otra respuesta,
Generoso le tiende
Al corcillo la diestra,
Y, «libre estás, le dice,
Confía en mi clemencia;
Anda, y deja el recelo
Y corre mis florestas,
Y de su verde grama
Sin miedo te apacienta.
Ahora no examinó,